

LA BATALLA DE TORO Y LA UNIDAD NACIONAL (I)

por ANTONIO MACIA SERRANO
General de Infantería

Parece un drama interminable el de la unidad española. La Reconquista, aunque lenta y laboriosa avanza sin embargo más que la unión. No se cansan los españoles de pelear contra los enemigos de su libertad y su fe: se cansan de mirarse como hermanos. No les fatiga subordinarse entre sí. El genio altivo, independiente y un tanto soberbio heredado de los mayores, les hace infatigables para la resistencia a las agresiones y dominaciones extrañas, les hace indóciles, sordos a la conveniencia de la disciplina de la concordia y la fraternidad. Por eso los ilustres príncipes que al cabo de los siglos lograron hacer de tantos pueblos un solo pueblo español, gozaron de eterna fama y renombre, y antes faltará la España que falten alabanzas a los autores de tan gran obra. (Modesto Lafuente: Historia General de España.)

Fracasados, no vencidos

El mutuo amor y la fe en su matrimonio: «Aun cuando la necesidad los separaba, el amor mantenía unidos sus voluntades», fue la base de la ingente obra a realizar. Este era el duro programa: Robustecer el prestigio real, dominar la nobleza, cambiar la anarquía en orden, crear una economía, ganar la voluntad del pueblo. En poco tiempo su justicia fue amada y temida. El poderoso y acertado mandar puso en temor a los nobles:

Los homes ciudadanos e labradores e toda la gente común deseosos de paz, estaban alegres e daban gracias a Dios, porque veían tiempo

(1) Por razones editoriales se ha demorado dos años la publicación de los tres estudios que siguen sobre la batalla de Toro, solicitados en 1976, cuando Casas de la Vega obtuvo con el suyo el premio nacional del 5.º centenario. El general Maciá y el teniente coronel Barrios son otros dos acreditados especialistas del tema.

en que le placía haber piedad de estos reyes... E allende de la afición que los pueblos tenían al rey e la reina, con esta justicia que administraban ganaron los corazones de todos.

No obstante el marqués de Villena intimó a Isabel con la amenaza de proclamar a Juana la Beltraneja si no se le nombraba Maestre de Santiago. El duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz hacían la guerra por conseguir el dominio de Sevilla. Pero, sobre todos, se le puso enfrente el arzobispo Carrillo.

El orden y la paz se habían roto. Mas ni Fernando ni Isabel se amedrentaron. Hicieron venir al cardenal Mendoza para ver de conciliar a Carrillo. El cardenal volvía defraudado de la entrevista, y, aún temía que algo más se tramaba, más allá de aquella cordialidad quebrantada. Y así fue: Las banderas de guerra iban a aventar aquel aire de inquietante tranquilidad.

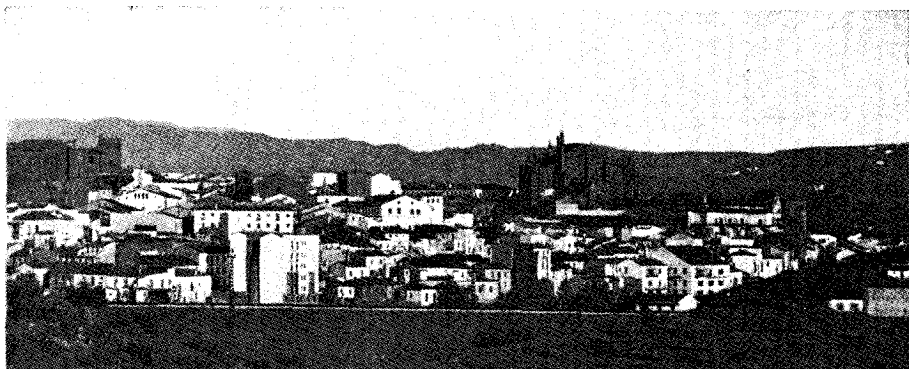
En Valladolid, donde se encontraban los reyes, recibieron cartas de Alfonso de Portugal. Les anunciaba su boda con Juana la Beltraneja, la dudosa hija de Enrique IV. Con estos esponsales cubría el derecho a tomar los títulos de rey de Castilla y León. Añadía que la nobleza castellana, a la cabeza el arzobispo Carrillo, estaba de su parte. Isabel quedó aterrada. Ella había oído decir por éstos, sus reinos y sus gentes: «El que tenga al arzobispo, ese ganará.»

No lo pensó más, y en contra de la opinión de sus consejeros, decidió ver al arzobispo enviándole por delante al conde de Haro, a quien, poco galante, le dio este mensaje para Isabel: «Entrando ella en Alcalá por una puerta, él se iría huyendo por la otra.» Todavía añadió: «La quité de la rueda y le di un cetro; ahora le quitarés el cetro y la volveré a la rueda.» Ella sólo exclamó: «Señor mío Jesucristo en vuestras manos pongo todos mis fechos y de voz me defienda el favor y la ayuda.» Montó a caballo y siguió a Toledo.

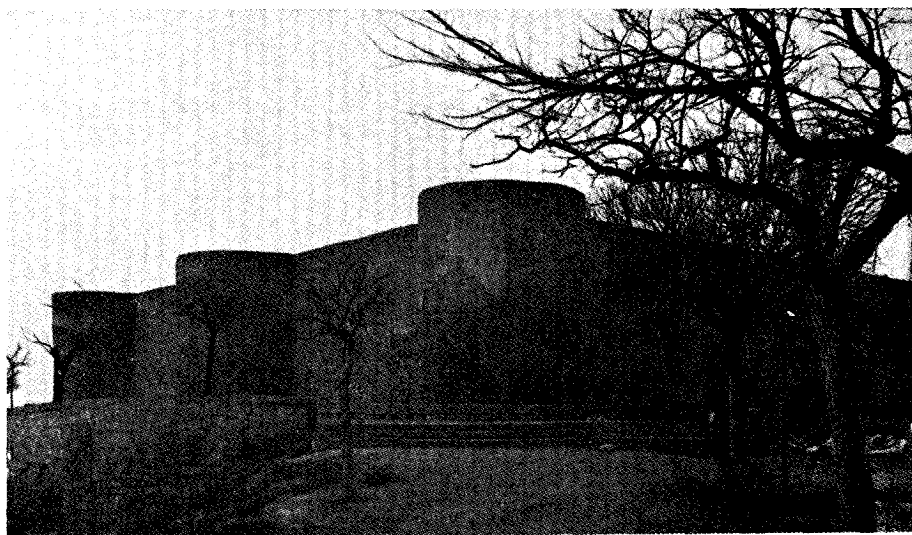
Allí recibió graves noticias: Evidentemente el 12 de mayo de 1475, Alfonso de Portugal se había desposado solemnemente en Plasencia con Juana y avanzaba con un ejército de 20.000 soldados hasta el mismo corazón de Castilla, después de tratar una alianza con Luis de Francia para que atacase por el norte.

No se amedrentaron ni Fernando ni Isabel que sólo contaban con unos 500 hombres. El marchó al norte para alistar soldados para tan menguado ejército. Ella, incansable, recorría Castilla reclutando gentes: Ordenando, persuadiendo; siempre infatigable. Sólo un malparto la detuvo en Cebreros. A los dos días volvía a la actividad.

Hacia julio de 1475, ya con 40.000 hombres muy mal equipados y peor disciplinados, Fernando estaba frente a Toro, plantándole cara al portugués. Isabel, en Tordesillas, con unos pocos labriegos y unos cuantos presos liberados por la recluta. Alfonso, en cambio, ya les había tomado Zamora, «que no se toma en una hora». Fernando necesitaba apurar el tiempo. En cambio los portugueses querían alargarlo. Sabía que trabajaba a su favor.

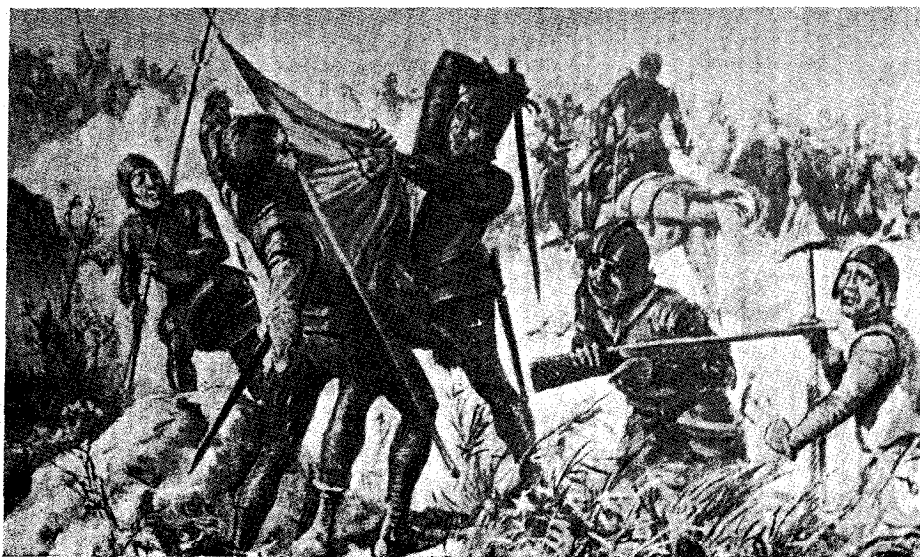


Plasencia fue la ciudad donde se celebraron los esponsales de Juana de Castilla, la Beltraneja, y Alfonso V de Portugal. Desde ella se lanzó el manifiesto donde se exponían sus derechos a la sucesión en el trono de Castilla.



El castillo de Toro. En él estaban las únicas reservas posibles que le hubieran podido dar la victoria al portugués. Eran las tropas de la guarnición que permanecieron a la expectativa.

Armadura de Duarte de Almeida que se conserva en la Catedral de Toledo.



Duarte de Almeida, el alférez portaestandarte del rey de Portugal, fue el héroe de la jornada. Su armadura se conserva en la Capilla de los Reyes Nuevos de la S.I.C.P. de Toledo.

Al no conseguir dar la batalla, se impuso la retirada. Fernando había fracasado.

Más el coraje y el impulso puestos en la gran obra que esperaban realizar, motivaron una profunda reorganización de aquel incipiente y mal formado ejército. Lo iban consiguiendo. A fines del año 1475 ya contaban con 15.000 verdaderos soldados. Era una tropa tan bien nutrida como disciplinada. Fracasados estaban, pero no vencidos... Y dispuestos de nuevo a luchar. Únicamente habían conseguido en aquel primer año de su reinado la solidaridad de su matrimonio y su corona: Su sueño de unidad, orden y paz parecía haberse desvanecido. Pero no eran ellos y las circunstancias; sino, y esta es su gran lección política: Las circunstancias las forjaban ellos para conseguir lo que se habían propuesto. Es así como se llega al año 1476.

Castilla por don Fernando

Después de un prolongado sitio, Isabel y Fernando consiguieron rendir el castillo de Burgos que defendía don Juan Stuñiga. Se emplearon las minas, llamada de *cuentos* para desplomar los muros.

Por marchar don Fernando a Zamora, se hizo cargo del sitio, don Alfonso de Aragón, hermano bastardo del rey que empleó la artillería muy inteligentemente: La acereó todo cuanto le fue posible utilizándola para abrir y batir brechas.

Alfonso V de Portugal no llegó en auxilio del castillo. Se detuvo en Baltanás y ocupó la línea de Toro-Zamora, que le aseguraba el abastecimiento de sus tropas y la retirada a Portugal. Aún recibió más refuerzos al mando de su hijo y sucesor el príncipe don Juan, que llegaba con 20.000 soldados.

Ocupada Zamora por el rey Alfonso ordenó la expulsión de sus habitantes que fueron sustituidos por portugueses. Isabel aprovechando esta situación con extremada habilidad, conseguía que Zamora se rindiera a Fernando. Quedaba por tomar el castillo. Alfonso y su hijo corrieron en su auxilio.

Más llegaron tarde, en ocasión del río muy crecido y sentaron sus reales delante del puente, sin siquiera lograr un inicial éxito en el pretendido ataque. Isabel, no obstante esta frustración, que le permitía cierta libertad de acción, advirtió el riesgo de una posible derrota, y desplegó su activa capacidad. Desde la misma Tordesillas interceptaba el abastecimiento de los portugueses. Don Alfonso de Aragón amenazaba por la espalda al enemigo. Castronuño y Siete iglesias se encuentran comprometidos. Fuentesauco fue tomado. Alonso de Cárdenas y Gonzalo de Córdoba flanquean los pueblos fronterizos para evitar la llegada de refuerzos. El cardenal Mendoza envía más soldados y anuncia que estaba próxima la hora de luchar.

Si la situación táctica había cambiado profundamente, no así el ánimo de los reyes que se mantenía firme, inmovible. Igual que unas semanas

antes; cuando Alfonso de Portugal, al ver que a su lado habían desertado el duque de Arévalo y el mismo Beltrán de la Cueva, el supuesto padre de la Beltraneja, ofrecía la paz a Isabel y Fernando a cambio de Zamora, Toro y Galicia. Conocida es la contestación de Isabel a la proposición: «Ni una almena.»

La presión de tan fuertes efectivos y aquella voluntad de victoria tan alzada, tenía que dar paso a una situación determinante. La que de momento tenían era insostenible.

Zamora estaba, una vez más sitiada; aunque también era realidad que los portugueses no podían entrar a auxiliar a los del castillo. Los monarcas, como en los tiempos medievales, decidieron acabar de un modo personal. Dos circunstancias imprevistas muy curiosas, la turbulencia de las aguas del Duero y un reloj adelantado, hizo imposible las entrevistas. En éstas estaban, cuando Alfonso le pidió a Fernando una tregua de treinta días. Fernando le contestó que: «Ni treinta días ni una hora.» El portugués, no encontrando mejor solución, al amanecer del día primero de marzo de 1476 levantó el campo y siguiendo río arriba buscaba refugio en Toro, donde quedaba doña Juana.

Fernando, que vigilaba, se dio cuenta de la retirada con todos los fardajes, protegidos por una potente caballería en retaguardia. Su oportunidad está a la vista. Si el ejército portugués entra en Toro, pierde la mejor ocasión de combatir. Se decide por dar la batalla. Si se moviera con rapidez les daría alcance, pero el río venía muy crecido, imposible vadearle y, naturalmente, el enemigo había inutilizado el puente. Rápidamente se hicieron las reparaciones. Cuando todas sus huestes lo pasaron, ya al sur del río, dispuso las *batallas*.

Del lado castellano quedaron dispuestas así: Don Fernando mandaba el centro que llevaba las huestes de Ciudad Rodrigo, Valladolid, Salamanca, Olmedo y Galicia. El ala derecha se formó con siete unidades que mandaban Alvaro de Mendoza, Alonso de Fonseca, Pedro de Velasco, Vasco de Vivero y Pedro de Ledesma. El ala izquierda, apoyada en el río, la mandaba el cardenal Mendoza, el duque de Alba, el conde Alba de Liste y Enrique Enríquez, almirante de Castilla, tío del rey.

El frente portugués lo mandaba el rey Alfonso que dispuso una ligera vanguardia a las órdenes de Ruy Pereira. El ala izquierda, la más potente, la llevaba el príncipe heredero don Juan, con artillería, la única del combate. La derecha, apoyada en el río, la mandaba Carrillo, el arzobispo de Toledo, y el duque de Guimaraes. Don Pedro Meneses y el conde de Villareal salieron de Toro donde estaban al cuidado de doña Juana. La retaguardia la mandó don Juan de Castro.

«Las tropas se espusieron a la moda antigua.» El rey don Fernando mandó a su heraldo para desafiar al rey Alfonso. Le respondió encolerizado que más tiempo era de luchar que de desafíos. El cielo se enubarró, y el cardenal que se había adelantado comunicó al rey Fernando que el ejército portugués se encontraba desplegado y dispuesto a la lucha. Se aproximaban

las tropas castellanas y hubo un gran silencio. Las nubes se abrieron y comenzó una lluvia pertinaz.

El choque fue absolutamente frontal y sin ninguna capacidad de maniobra, al no existir por ninguna de las dos partes una reserva de maniobra. Lo más interesante es como la parte más débil de los castellanos fue la primera en lanzarse contra la fuerza más potente de los portugueses, la que mandaba el príncipe don Juan, que los repelió francamente con su potente artillería y después con caballería, obligándola a una retirada que puso en grave riesgo la situación de los castellanos. En cambio en las hueste apoyadas en el río, el triunfo se inclinaba por el cardenal Mendoza que gritaba: « ¡Traidores, aquí está el cardenal! »

Los cuerpos centrales se empeñan en una durísima pelea. El rey que sabe «que en todos es de gran provecho el ejemplo», no duda en ser el primero en luchar. Se generaliza el combate. «E todos revueltos unos con otros, sonaban los golpes de las armas y el estruendo de la artillería e las voces, unos nombrando su apellido, otros gimiendo sus llagas e caídas, otros demandando ayuda, otros reprehendiendo los que veían negligentes en pelear, y esforzándolos que pelcaran... E así duraron en la pelea por espacio de una hora, e no se mostrara vencimiento de la una parte ni de la otra.»

En torno al estandarte real portugués defendido heroicamente por el alférez Duarte de Almeida, que perdidos los dos brazos lo sostenía con los dientes, la pelea por arrebatarlo fue empeñadísima. Vaca de Sotomayor logró el pendón de las quinas portuguesas. Huyó entonces Alfonso, y con la huida del rey, se generalizó la desbandada. Llovía que diluviaba. Los que habían huido de la artillería de don Juan, feroces, se lanzaron al ataque. Comenzaron a vacilar, se replegaron hacia el río y emprendieron una retirada que acabó en franca huida para poder llegar hasta Toro. Mas don Juan, pese a retirarse con los suyos, resistía. «Visto que la gente del rey su padre era vencida e desbaratada, pensando en reparar algunos de los que iban huyendo, subióse sobre un cabezo a donde tañiendo las trompetas e haciendo fuegos e recogiendo gente estuvo quedo con su batalla en el campo y no consintió salir de ella a ninguno.» De todo se deduce que el combate fue indeciso y que los portugueses aún se podían rehacer. Pero don Fernando «fizo cuenta que en aquella noche Nuestro Señor le había dado a toda Castilla».

Las alas de la victoria

«Don Fernando mandó se hiciese públicas e devotas procesiones dando gracias e loores a Nuestro Señor e a la bien aventurada Madre suya por la victoria que le plugo me dar en esta batalla, mostrando e manifestando su justicia.» La reina Isabel, al día siguiente, salía descalza en una procesión en Tordesillas.

El rey, ante aquella dudosa victoria, le puso alas. Creyó en sí mismo, reconsiderando la audacia con que se había acometido el combate: sin arti-

llería, sin cubrir la retaguardia, con un desfiladero detrás, sin una masa para reserva de la maniobra y, sobre todo, como se deduce de las crónicas, con un peonaje muy aguerrido aunque poco ejercitado. Todo frente a los portugueses que contaban con: artillería, una ligera retaguardia móvil, con el amparo de la fortificada ciudad de Toro bien guarnecida con una tropa muy lucida, bien armada y con experiencia. La lluvia y la noche, circunstancias imparciales para los dos bandos, fueron hábilmente aprovechadas por don Fernando. Y como la victoria en estos casos es de quien «la afirma, la canta y de quien aprovecha las consecuencias», el rey hizo que así se creyera y manifestara en todos sus reinos. Así escribió:

«Nos don Fernando por la gracia de Dios rey de Castilla y León y Sicilia... A vos el Consejo, justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y homes buenos de la ciudad de Baeza salud e gracia. Bien creo habreis sabido como mi adversario de Portugal, después que su hijo llegó a la cibdad de Tudela con la más gente de caballo e de pie que de Portugal pudo traer, conociendo que sin batalla non podía socorrer la fortaleza de esta ciudad de Zamora que yo tendo cercada por la mucha e buena gente que conmigo está, aunque publicaba que la quería venir a socorrer por la parte que non tiene rivera que lo pudiera estorbar vino con todas sus gentes un día del mes pasado a las tres horas después de la media noche y llegó de la otra parte de la puente desta cibdad y en la misma forma fizo poner mantas fuertes que traía fechas para aquello e detrás dellas asento toda su Artillería con la cual comenzó luego a tirar a la puerta de la dicha puente e lo continuaron de noche e de día, en tanto que allí estubieron de tal manera que non pudieron salir mis gentes por no haber otra salida para donde ellos estaban salvo la puerta de la dicha puente e el río iba tan crecido que en el non se fallaba vado alguno. Y así estubo en aquel arrabal y en Sant Francisco diez o doce días, donde continuamente de algunas gentes mías que quedaron atajadas en la parte de la puente donde ellos estaban, recibían açaz daño y así mesmo de los tiros de la pólvora que les tiraba desta cibdad...

»Y porque mi voluntad era de salir a pelear con el dicho mi adversario e su fijo e con sus gentes, acordé de mandar facer siertas minas e puertas a los lados del baluarte que está al cabo de la dicha puente por donde más presto pudiesen salir las dichas gentes é créese que como el dicho mi adversario a su fijo e los que con él estaban sintieron como las salidas se facían e habían de abrir puertas dellas, ayer viernes en la noche que fue primero día deste mes de marzo acordaron esta mismo de cargar su fardeje antes de que amaneciese e venido el día partieron de dicho arrabal e fueron a la vía de Toro...

»E ordenadas sus batallas puso en las delantera dellas sus sebratanas e espingarderos e como quier que muchos caballeros de los que conmigo estaban eran del parecer que yo no debía dar la batalla por las muchas ventajas que el dicho mi adversario tenía para ella, así porque en verdad era más gente en número de la que conmigo estaba, como porque mis gentes

iban cansadas y la mayor parte de mi peonaje que conmigo salió se había quedado en el camino por la gran prisa que llevábamos por alcanzarles e por no levar conmigo artillería alguna era ya casi puesto el sol y estaba tan cerca la dicha cibdad de Toro, donde él e sus gentes se podían recoger sin mucho daño puesto que fuesen vencidos, pero yo de acuerdo de los dichos grandes confiando en la justicia que yo e la serenísima Reina, mi cara e muy amada muger, tenemos a estos nuestros reinos y en la misericordia de Nuestro Señor e la de su bendita Madre o en la ayuda del Apóstol Santiago patrón e cabdillo de las Españas deliberé de le dar la batalla...»

Isabel, pese a su actividad tan manifiesta, como siempre, no cesó de rezar. Es indudable que permaneció muchas horas de rodillas para quedar de pie en la historia. En la que se hacía aquellos días, la reina le rezaba a uno de los santos de su más profunda devoción, al Discípulo Amado: San Juan Evangelista. Se sentía bajo su águila simbólica, «so sus alas, sombra, protección y amparo». Sueña con su «águila caudal y esmerada», no la imperial, aunque ella sueña un imperio que legará a los suyos; sino la de San Juan en la visión de Ezequiel:

Y oí el sonido de sus alas, cuando andaban, como el sonido de muchas aguas; como la voz del Omnipotente; como el ruido de la muchedumbre; como la voz de un ejército. Cuando se paraban, aflojaban sus alas, oíase voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas. Y sobre la expansión que había en sus cabezas, veíase la figura de un trono...

Es indudable que Isabel que siempre se había sentido reina, ahora ya veía su trono: la corona. Transida de fe, le debió impresionar esta lectura del *Libro de Ezequiel*, cuando en aquellos días, precisamente en aquellos días, su confesor, Fray Hernando de Talavera, le entregaba el: *Breve tratado, más devoto e sutil, de Loores del vienaventurado San Juan Evangelista, amado discípulo de Nuestro Redentor, Señor y Maestro Jesu Cristo, y singular patrono y abogado de la serenísima señora... reyna de Castilla y León, dona Isabel... compuesto a su petición y mandado.*

Isabel también le puso estas alas del águila a la batalla de Toro, batalla de la Unidad. Su vuelo llega hasta hoy mismo. Así dice Towsend Miller en *Los Castillos y la Corona*:

Toro es, sin duda, una de las batallas decisivas de la Historia española. Es cierto que el tratado final de paz con Portugal y la disposición de la Beltraneja estaba todavía por conseguirse. Pero Alfonso no volvió a representar ninguna gran amenaza. Los jóvenes soberanos de Castilla podían, al fin, respirar libremente. Su reino estaba seguro para siempre de ataques extranjeros. De un modo casi providencial, de la forma que parece haber asistido la mayoría de las empresas de Isabel, la guerra que había comenzado como una incalificable pesadilla se había incluso convertido en una oculta bendición. Arrastrados a

ella tambaleantes y sin preparación, emergían fuertes, templados, seguros. Habían ganado una inestimable experiencia militar para las mayores guerras por venir. En Europa su estatura alcanzó una gran talla. Habían aniquilado la rebelión en casa: durante todos aquellos triunfales meses de 1476 los renegados fueron regresando a ellos: Villena, Ureña, el maestre de Calatrava; incluso el propio arzobispo, tragándose su orgullo por última vez. Isabel los perdonó a todos; sus grandes planes no dejaban sitio para el rencor.

Efectivamente, desde esta batalla transformada en victoria, desde el 1 de marzo de 1476: comenzaron a reinar Isabel y Fernando en el trono de España. Sobre sus sienes sintieron el peso de la corona. Las alas indecisas del combate se tornaron en las seguras y potentes del águila de San Juan. Con ellas muy alta está la victoria de Toro y la unidad de España. Para perpetuarla levantaron el templo de San Juan de los Reyes en la muy amada ciudad de Toledo.

La obra, tan significativa como lo fue la batalla, o la victoria, si se prefiriera, ya que así quedó en el lecho de la Historia; fue encomendada al «maestre mayor de la Santa Iglesia de Toledo e maestro minor de las obras del Rey Don Fernando e de la Reina Doña Isabel», Juan Guas, «el cual fizo San Juan de los Reyes» con un ritmo acelerado por orden expresa de los monarcas. Es de un primor gótico tardío que se entrelaza con un mudéjar delicado. Templo, cosa rara en España, hecho de una vez. Los reyes sentían urgencia de acabarlo. Llegaron a trabajar más de 226 maestros canteros, a las órdenes directas del maestro Guas. Las labras y esculturas, sin fatigar, abruman por la expresión de poder y grandeza. El yugo y las flechas, que los reyes adoptaron como emblema, se repiten inusitadamente a ambos lados del escudo sostenido y amparado por el Águila del Evangelista. Las filigranas de la piedra hecha encaje entrelazando la Y y la F, como firmas reales, son principales motivos de la decoración.

El claustro es un remanso de paz. De noche es como un inmenso pozo de Luna. El ciprés y el naranjo, el adelfo y el rosal con la piedra labrada exaltando desde la santidad a la ironía, como la espina y la flor le dan una extraña armonía de un preciosismo encantador. Si es un gozo entrar en el templo, serenarse en el claustro es sentirse fantasma de un tiempo que fue.

En este templo pensaron enterrarse los Reyes Católicos, pero la conquista de Granada les llevó a buscar allá su eterno reposo. En compensación trajeron a la iglesia de San Juan de los Reyes las cadenas de hierro que aherrojaron a los cristianos cautivos de la morisma. Trofeo de la gran victoria de Granada que colgaron y aún penden de los muros de este monumental templo. En él pasó, en el convento franciscano anejo, los primeros años de noviciado el que luego fue el gran cardenal Cisneros.

Si en principio fue un templo votivo al que Isabel nunca se cansó de enviar cálices de oro, trofeos, tapicerías y pinturas a la iglesia, con el paso del tiempo se puede decir que también fue expiatorio. Cuando la gran invasión europea, la de Napoleón: «Francia corazón y jardín...»; fue sa-

queado e incendiado de la manera más impía. Pero en pie está desde hace quinientos años, elevándose al cielo y mostrando la gran lección política de los Reyes Católicos: No fueron ellos y las circunstancias, fueron ellos *sobre* las circunstancias para conseguir lo que se habían propuesto: orden, paz y autoridad en la gobernación del reino.

Enhiesto sigue San Juan de los Reyes, y no para recordar la gloria de estos monarcas, sino para mostrar de Isabel. «un monumento a su amor de toda la vida por Fernando» (W. T. Walsh), del que Fernando hizo «un relicario del poder», para confirmar su tesón y lograr la unidad, grandeza y soberanía de España.